

VELAZQUEZ.

Dos viajes hizo Velazquez á Italia, el primero en el año de 1629, habiendose embarcado en Barcelona con D. Alonso Espinola, marques de los Balbases, capitan general de las armas españolas en los Países-Bajos; y el segundo en el año de 1648, con embajada extraordinaria cerca del pontífice Inocencio X para comprar gran número de pinturas originales y estatuas antiguas de las mas celebradas que habia en Italia. Salió de Madrid en noviembre de dicho año de 1648, y se embarcó en Málaga con Don Jaime Manuel de Cárdenas, duque de Nájera, que iba á Trento á esperar á la reina Doña Maria Ana de Austria, hija del emperador Fernando III y de Doña María, infanta de España. Desembarcaron en Génova y tanto en esta ciudad como en todas las que habitó Velazquez, fue en extremo agasajado y atendido por cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Pasó en Italia año y medio en su primer viage, la mayor parte del tiempo en Venecia, ciudad á que era en extremo aficionado por hallarse alli lo mejor de Ticiano, Tintoreto y Pablo Veronés pintado al fresco en el templo de S. Marcos, en el palacio de los Duques, y en la sala del Gran Consejo.

Copió un cuadro de Tintoreto que representa á Cristo comulgando á sus discípulos; obra admirable! que trajo á España y regaló á S. M.: y hubiera permanecido mas tiempo en aquella pátria de tantos grandes pintores, á no haberselo impedido la inquietud que le causaban las guerras en que ardía entonces la república veneciana. Era tanta la inseguridad con que se vivía en aquella ciudad, que tenia el embajador de España, en cuyo palacio estaba alojado Velazquez, que enviar con él algunos de sus criados, siempre que salía, para que escoltasen su persona.

En las dos temporadas que pasó Velazquez en Roma, estuvo alojado y servido en el Vaticano con todo regalo; pero deseoso de hallarse con mas libertad y en sitio mas apropiado para trabajar du-

rante el verano, logró (aunque fue necesario para ello que negociase el embajador de España, D. Manuel de Zúñiga y Fonseca, conde de Monterey, con el gran duque de Toscana) por el alto aprecio que este hacia de nuestro pintor que se le aposentase en el palacio ó *Villa* de los Médicis, que está en la *Trinità de monti* en la parte mas alta y mas airosa de Roma. Alli pasó algunos meses, hasta que habiendo sufrido un fuerte ataque de tercianas, se lo llevó el embajador á su casa, para que estuviese mejor atendido y cuidado como correspondia á un hombre tan eminente. Dos cuadros originales pintó Velazquez en su primer viage á Roma y ambos trajo á España para regalarselos al rey, quien los mandó colocar en el Buen-Retiro. El uno representa á los hijos de Jacob presentando la túnica ensangrentada de José, y el otro á Vulcano en su fragua rodeado de sus Cícoples, ambos de extraordinario mérito y dignos de su autor: hállase el segundo actualmente en el museo de Madrid y el primero en el Escorial, en la sala de Capitulo.

Volvió Velazquez á España despues de tres años de ausencia, y aunque hubiera deseado pasar por Paris, para lo cual obtuvo pasaporte del embajador de Francia, no se resolvió á hacerlo por la inquietud de las guerras; y así habiendose embarcado en Génova, llegó á Barcelona á mediados de junio de 1651. Vaciaron poco despues las estatuas y bajo-relieves que habia traído, los escultores Gerónimo Ferrer, que vino de Roma para el efecto, y Domingo de la Rioja, escelente estatuario madrileño.

Dióle S. M. poco despues de su llegada el destino de aposentador mayor de palacio, merced que fue para él de mas perjuicio que provecho, pues le obligaba á emplear en su desempeño muchas horas durante las cuales hubiera podido adquirir nuevos títulos á la inmortalidad. Entonces fue cuando pintó aquel célebre cuadro que ahora está en el museo de Madrid, donde se ve á Velazquez retratando á los reyes, cuya imagen se refleja en un espejo. Están tambien retratados en él la infanta Doña Margarita María Ana de Austria y otros personajes, entre quienes se hacen notables por su nunca vista fealdad, la Enana Mari-

Bárbola y el Enano Nicolasico Pertusato. (1) De este cuadro, que algunos apellidan el mejor de cuantos pintó Velazquez, dijo Lucas Jordan habiéndole preguntado Carlos II, que *¿qué tal le parecía?* -- *Señor, esta es la teología de la pintura,* queriendo sin duda dar á entender que así como la teología es superior á todas las demas ciencias, así era superior aquel cuadro á todos los demas; pero con perdon sea dicho del Sr. Lucas, nosotros no conocemos cuadro ninguno superior á la *Rendición de Breda*.

Acompañó Velazquez al Rey en la jornada que hizo á Aragon en 1642, para pacificar el principado de Cataluña, y volviole á acompañar en la que hizo dos años despues, para recuperar á Lérida oprimida por las armas francesas, como lo verificó el domingo 30 de julio de 1644, con cuyo motivo le retrató armado de punta en blanco y á caballo, como entró en la ciudad. Fue tambien acompañando á S. M. en la jornada que hizo á Irun el año de 1660, para conducir hasta las fronteras de Francia á la infanta Doña María Teresa de Austria, prometida en matrimonio á Luis XIV, á quien fue entregada el 7 de junio en la casa de la Conferencia, situada en la isla de los Faisanes, donde un año antes el cardenal Julio Mazarino y el conde duque de S. Lucar habian ajustado las paces entre ambos reyes el católico y el cristianísimo. Puso este en manos de D. Diego Velazquez el regalo que traia para el rey de España, que consistia en un toison de diamantes y un reloj de oro guarnecido de piedras preciosas; todo lo cual entregó nuestro pintor á Felipe IV en el palacio del Castillo de Fuenterrabia.

Cuando volvió Velazquez á Madrid, se habia estendido la noticia de su muerte, con lo que su vista llenó de alegría á sus numerosos amigos; pero pronto se convirtió esta alegría en lágrimas y luto. El sábado último de julio del mismo año, día de S. Ignacio de Loyola, habiendo estado Velazquez toda la mañana pintando en palacio, empezó á sentir grandes sudores y angustias en el

estómago y en el corazon, con lo que tuvo que retirarse inmediatamente á su casa en extremo desazonado. Empezóle á asistir su médico Vicente Molés, y envió el rey, cuidadoso de su enfermedad, para que le asistieran, á sus médicos de cámara los doctores Miguel de Alva y Pedro de Chavarri: visitóle tambien de orden de S. M. D. Alfonso Perez de Guzman el Bueno, arzobispo de Tiro y patriarca de las Indias, para su consuelo espiritual; pero todo fue inútil. El viernes 6 de agosto, año de 1660, día de la transfiguración del Señor, despues de haber recibido los santos sacramentos y otorgado poder para testar á su amigo D. Gaspar de Fuensalida; á las dos de la tarde y á los 61 de su edad, dió su alma á quien para tanta admiración del mundo la habia creado.

Era D. Diego de Velazquez de mas que mediana estatura, muy bien plantado y en extremo galán de su persona, como se vé por su retrato de cuerpo entero que colocó en el extremo izquierdo del cuadro *de las lanzas*, entre los soldados españoles que rodean al marques de Espinola, y en el que se representó á sí mismo retratando á los reyes. Su trato era amable y agudo su ingenio; ni envidió la gloria de los demás, ni dejó siempre que pudo, de favorecer á los otros pintores, como lo egecutó con Miguel Colona y Agustin Miteli cuando vinieron á España, y sobre todo con el célebre Pedro Pablo Rubens, de quien fue grande amigo, cuando vino de embajador extraordinario del rey de Inglaterra, para tratar las paces con España, por disposicion del archiduque Alberto. Que era muy agudo en sus dichos lo prueba la respuesta que dió un día al rey cuando le dijo que no faltaba quien dijese que toda su habilidad se reducía á saber pintar una *cabeza*; á que respondió, "Señor, mucho me favorecen, porque yo no sé que haya quien la sepa pintar." Habiendose visto precisado en otra ocasion á borrar parte de un excelente retrato que habia hecho del rey á caballo, porque todos cual por envidia, cual por ignorancia, le tachaban de algun defecto, puso en el lienzo borrado la siguiente firma: "*Didacus Velazquez, regis pictor, expinsit*", con lo que dió prueba no menos de ingenio que de modestia. Hallándose en el Escorial

(1) Poseen en el día el boceto original que hizo Velazquez para este cuadro los herederos de D. Gaspar de Jovellanos.

con el rey, y deseando este recompensarle de algun modo por sus muchos méritos y alto talento, le dijo que eligiese una de las tres órdenes militares, y eligió Velazquez la de la Caballería de Santiago, cuyo hábito recibió en el convento de religiosas de Corpus Christi, por mano de D. Gaspar Alonso Perez de Guzman el Bueno, conde de Niebla, el día de S. Prospero, viernes 28 de noviembre del año de 1658; siendo su padrino el escelentísimo Sr. D. Baltasar Barroso de Ribera, marques de Malpica, comendador del orden de Santiago. Refiere el buen Palomino, que habiendose retardado el despacho de las pruebas por algun accidente ocasionado sin duda de la emulacion, mandó el rey al marques de Tabara, presidente de órdenes, que le enviase los informantes porque tenia que decir en las pruebas de Velazquez, y que habiendo venido, dijo el rey: "*poned, que á mí me consta de su calidad:*" con lo cual no fue menester mas exámen (1). En el año de 1650, á los 51 de su edad, recibió Velazquez el título de académico romano.

Celebráronse sus exequias con la mayor solemnidad en la parroquia de S. Juan Bautista, en cuya capilla mayor fue colocado su cuerpo en un túmulo que le estaba prevenido, donde permaneció todo aquel día y el siguiente, vestido con el manto capitular, con la roja insignia en el pecho y con sombrero, espada, botas y espuelas como se acostumbra con los caballeros de la orden.

De allí lo llevaron algunos artistas y gentileshombres hasta la bóveda de D. Gaspar de Fuensalida, donde halló eterno descanso el cuerpo del pintor mas eminente que ha producido nuestra patria.

(1) «No podemos afirmar con certeza lo que se cuenta haber sucedido en palacio luego que Velazquez concluyó este cuadro (el que llamó Jordan la teología de la pintura). Aseguran que habiendole visto el rey finalizado dijo que le faltaba una cosa esencial, y que tomando S. M. la tablilla y pinceles, pintó sobre el pecho del retrato la cruz de Santiago.»

Cean Bermudez. *Dicc. hist. de Prof. de Bellas Artes en Esp. T. V.*

Esto mismo hizo Napoleon con el célebre Luis David, pintándole en su retrato la legion de Honor.

Consagróle el siguiente epitafio su discípulo D. Juan de Alfaro, insigne cordobés, donde se reasumió en breves palabras los principales sucesos de su vida.

EPITAFIO.

A la muerte de D. Diego Velazquez.

D. DIDACUS VELAZQUIUS DE SILVA HISPALENSIS. Pictor eximius, natus anno MDLXXXIV. Picturae nobilissimae Arti se dedicavit. (Preceptore accuratissimo Francisco Pacieco qui de Picturae per eleganter scripsit.) Iacet hic: proh dolor! D. D. Philippi IV. Hispaniarum Regis Augustissimi á Cubiculo Pictor Primus, à Camera excelsa adjutor vigilantissimus, in Regio Palatio, & extra ad hospitium cubicularius maximus, à quo studiorum ergo, missus, ut Romae, & aliarum Italiae Urbium Picturae tabulas admirandas, vel quid aliud hujus supelectilis, veluti statuas marmoreas, & aereas conquiverit, perscrutaret, ac secum adduceret nummis largitè sibi traditis: sic que cum ipse pro tum etiam INNOCENTII X. PONT. MAX, faciem coloribus mire expraerit, aurea catena pretii supra ordinarii eum remuneratus est, numismate gemmis caelato cum ipsius pontif. Effigie insculpta, ex ipsa ex annulo appenso; tandem D. Iacobi stemmate fuit condecoratus; & post reditum ex fonte rapido Galliae confini Urbe Matritum versus cum Rege suo Patentissimo, è Nuptiis serenissimae D. Mariae Theresiae Bibbianae de Austria & Borbon, è connubio scilicet cum Rege Galliarum Christianissimo, D. D. Ludovico XIV, labore itineris febris praehensus. obiit Mantuae Carpetanae postridie nonas Augusti, Aetatis LXVI, anno MDCLX, sepultusque est honorificè in D. Ioanis Parrochiali Ecclesia, nocte, septimo Idus mensis sumptu maximo, immodicisque expensis, sed non immodices tanto viro; Haeroum concomitatu, in hoc domini Gasparis Fuensalida Graferii Regij amicissimi subterraneo sarcophago: Suoque Magistro, praeciaroque viro saeculis omnibus venerando, Picturae collacrimante hoc breve epicedium Ioannes de Alfaro Cordubensis maestus possuit, & Henricus frater Medicus.

E. O.

NOTA. Por un error involuntario, que mal pudiéramos disculpar, se suprimieron en la primera parte de la vida de Velazquez, despues del párrafo 5.º, las siguientes líneas:

Siendo todavia muy jóven se casó Velazquez con Doña Juana Pacheco, hija de Francisco Pacheco, cuyo retrato se conserva (aunque no están acerca de la autenticidad muy acordes los pareceres) en el Real Museo de Madrid. A esta capital vino en el año de 1620, donde fue muy agasajado de todos cuantos tuvieron ocasion de conocerle, especialmente de Don Juan de Fonseca y Figueroa, por cuya mediacion trabó amistad con los mas sobresalientes ingenios de esta capital, y retrató con

*

su acostumbrada perfeccion al admirable poeta Don Luis de Góngora y Argote. Pero no habiendo tenido por entonces ocasion de retratar á los Reyes, se volvió á su patria.



Literatura.

El Castillo del Espectro.

..... Decidme
« Sois hombre, sombra ó fantasma? »
CALDERON.

Hay cerca de la cordillera de Sierra Nevada un antiquísimo castillo, fundado en la cumbre de una montaña de inmensos peñascos amontonados unos sobre otros, cuyo pie bate un furioso torrente con un ruido sordo y continuo, y al cual parece imposible subir mirándole desde lejos; pero conduce á él una sendita estrecha y cubierta de guijarros desprendidos de las peñas que forman la montaña. Es todo el pais circunvecino tan sumamente árido y pobre de vegetacion, que no parece pueda ser residencia de almas vivientes; solo se ve por bastante distancia á la redonda un campo cubierto de una arena negruzca, donde crecen tal vez de trecho en trecho algunas ramas de pino y otros arbustos tan miserables y tristes como este:

no hay allí ni una cabaña en que reposar la vista, ni una flor que alegre el corazon. Era este edificio, á juzgar por su exterior, un antiquísimo monasterio, donde se habian acaso refugiado para evitar la funesta persecucion de los pretores romanos, los primeros fieles convertidos en España á la fé de Jesucristo. Tal vez andando los tiempos habrá servido unas veces de castillo, otras de convento y aun tal vez de asilo para bandoleros; pero hállase ya en el dia tan arruinado, que solo puede servir para objeto á las investigaciones históricas de algun anticuario concienzudo. Refiere todavia sin embargo la tradicion popular, que como enemiga de todo lo que pasa segun el orden natural de las cosas, nunca deja de adornar á su modo cuanto cae por desgracia entre sus manos, mil aventuras á cual mas terribles y absurdas relativas á aquel venerable edificio, generalmente conocido en toda la comarca con el nombre de *Castillo del Espectro*. No se puede negar que su situacion verdaderamente romanesca es muy propia para producir y fomentar los vanos terrores que inspira su vista, á cuyo aspecto lúgubre y sombrío presta la imaginacion de los habitantes de las cercanías acalorada con las leyendas tradicionales del pais, colores mas lúgubres todavia.

En punto á las aventuras de que ha sido testigo aquel edificio, están divididas las opiniones. Aseguran algunos que allá en tiempos antiguos fue mansion de un caballero muy poderoso, que durante su vida habia egercido las mas tiránicas violencias sobre todos los habitantes del pais circunvecino, devastando los campos, asesinando á los hombres, y robando las esposas y las doncellas. Una de extraordinaria hermosura, que tenia por nombre Irene, vivia en una aldea cercana bajo la vigilancia de su madre viuda y anciana, quien tenia ya ofrecida su mano al jóven Alfonso, mozo el mas gallardo y audaz de todas aquellas cercanías. Amábanse entrambos novios con la mayor ternura y veian llenos de alegría acercarse el momento feliz que debia unirlos para siempre, y coronar tres años de amores y de constancia. Llegó á oídos del Señor del castillo la fama de la hermosura de Irene, y resolvió al punto robarla para su deleite y pasatiempo en la primera ocasion que

se le presentara: lo cual ejecutó en efecto, habiéndose escondido con algunos de sus soldados en un bosquecillo junto al cual debía pasar Irene al caer de la tarde para ir á casa de su madre, de vuelta del campo. Encerróla á pesar de sus lágrimas y súplicas en una estrecha prision del castillo, y celebró luego con todos sus soldados el buen éxito de su empresa, dándoles un magnífico festin en que todos bebieron y se emborracharon, hasta el punto de caerse los mas sobre la mesa y en el suelo, bajo el peso del mucho vino que tenían encima del corazon.

Mientras de este modo pasaban el tiempo los habitantes del castillo, bramaba por de fuera el huracan y caía la lluvia á mares, rompiendo solo la profunda oscuridad de la noche los vivos relámpagos que casi sin interrupcion se sucedían en el firmamento. Respondían los del castillo con brindis, gritos y canciones de orgia á los terribles estampidos del trueno, que retumbaba con sordo ruido en aquellas bóvedas y á los rugidos del torrente, estrellándose en las peñas sobre que estaba fundado aquel solitario edificio. Subía entre tanto por la cuesta que conducía á su altura un hombre, al parecer cubierto de venerables canas y embozado en una larga capa empapada en el agua que continuamente caía. Llamó al rastrillo con repetidos golpes, y al cabo de un buen rato salió á abrirle uno de los soldados.

--¿Quién eres y qué buscas? le preguntó este desde dentro.

--Dadme albergue por esta noche, señor castellano, porque soy un pobre trovador y no tengo mas asilo que el vuestro, si quereis concedérmelo, así Dios os ayude. Abridme, Señor, porque es horrorosa la noche y la lluvia moja las cuerdas de mi lira.

--Tened un poco de paciencia, hermano, mientras voy á recibir las órdenes de mi Señor.

Subió el soldado al salon del festin y preguntó á su amo si abriría ó no al anciano trovador y le albergaría por aquella noche; á lo que le fue respondido que abriese inmediatamente, pues así lo exigían las santas leyes de la hospitalidad, tan respetadas en aquellos tiempos. Bajó el soldado á hacer lo que se le mandaba y volvió á entrar en

la sala del festin acompañado del trovador, que en lo encorbado y canoso mostraba estar ya en el invierno de su vida.

--Enjugad vuestros vestidos al calor de esa chimenea, dijo el castellano, y tomad algun alimento si acaso lo habeis menester, para cantarnos luego alguna troba de las últimas que hayais compuesto, pues supongo habreis perdido ya hasta la memoria de las que compusisteis en vuestra juventud.

Presentaba entonces aquel salon un aspecto verdaderamente diabólico. Alrededor de una larga mesa, cubierta aun con los restos del festin y con jarros y vasos de estaño, dormían y roncaban muchos de los soldados enteramente sumidos en una profunda embriaguez; y estaban otros tendidos por el suelo de trecho en trecho, dormidos los unos y luchando aun otros con las bascas de la borrachera. Una lámpara que pendía del techo, ya medio apagada, alumbraba aquella escena con una luz tibia y amarillenta, á que se unía la de una encina entera que ardía dentro de la chimenea, y que atascada en su parte superior por el viento que soplaba con violencia, arrojaba en la estancia sin interrupcion, inmensas bocanadas de un humo negro y espeso capaz de trastornar la cabeza al mismo Satanás.

Sucedió á la entrada del trovador un largo silencio solo interrumpido por los ecos de la tempestad y por los ronquidos de los durmientes; el mismo Señor del castillo, olvidando la dicha que le aguardaba en los brazos de su prisionera, bebía sin interrupcion y se hallaba ya en un estado muy cercano al de la embriaguez. Calentabase el trovador á la lumbre de la chimenea, y echaba de cuando en cuando algunas miradas al soslayo sobre la escena que tenía presente con aire torvo y aun misterioso: permanecía embozado en su larga capa con tanto cuidado que, á haberse hallado mas espeditos los entendimientos de los hombres que le rodeaban, hubiera podido escitar estrañas sospechas, pues no parecía sino que ocultaba algo debajo de sus vestidos.

—Ea buen hombre, dijo con aquel tono peculiar á los borrachos, el Señor del castillo, cantadnos algo que nos alegre los ánimos ó vive Dios.... El resto de la frase quedó inédito.

—Si, si, que cante, murmuraron al mismo tiempo algunas voces vinosas.

Sacó el trovador de debajo de su capa un harpa muy pequeña que llevaba sobre la espalda á guisa de cartuchera, y empezó á decir del siguiente modo.

I.

Orillas del Bétis, armados guerreros
Cubiertos de acero y airoso gaban,
En tanto lucian los rayos postreros
Del sol en ocaso, silenciosos van.
Camina á su frente un jóven lozano,
El conde de Mena, Señor Catalan:
Robusta una lanza relumbra en su mano
Y oprime los lomos de un bayo alazan.

II.

Un gótico alcázar de un monte en la altura
Lejano entre nubes apenas se vé,
Y en parte arruinada su inmensa estructura
Aun muestra que un tiempo magnífico fué.
Sus torres elevan al cielo su frente;
Tremola en su almena pendon de la Fé:
Con sordo bramido, furioso torrente
Saltando entre peñas circunda su pié.

III.

«Al alto castillo que allí se descubre»,
El conde decía, de Mena señor,
«Lleguemos soldados, que el cielo se cubre»
«De nubes espesas y adusto negror»:
«Marchemos, soldados.» Ya en esto la esfera
Cubierta se via de luto y horror,
Y cárdenos rayos en ráuda carrera
Descienden, y suena del trueno el fragor.

IV.

La lluvia que espesa desciende y á mares,
Del fúlgido casco derriba el airon:
Bañados en sangre los anchos hijares
Su curso acelera veloz el troton.
«Soldados, repite, sigamos la senda»
«Que lleva al alcázar» el noble infanzon;
Y todos le siguen soltando la rienda,
La espada en la mano y el pecho al arzon.

V.

Apenas llegaron del monte á la falda
Que el viento y la lluvia ya empieza á calmar,
Y el sol entre nubes de oro y de gualda
Con tímido rayo comienza á brillar:
Del pino robusto la gota pendiente
Con varios colores se vé rehilar,
Y brilla cual brillan del sol en Oriente
Al rayo primero las ondas del mar.

Aquí llegaba de su canto el venerable trovador, cuando ya no habia uno solo de los presentes que no estuviese profundamente dormi-

do, bajo la influencia del vino y de la monotonía voz del ambulante músico. Iba este haciendo poco á poco mas apagados é imperceptibles sus acentos, hasta que habiéndose asegurado de que nadie le oia, cesó del todo en su canto; y entonces brilló repentinamente en sus ojos todo el fuego de la cólera y de la juventud. Arrojó su lira al suelo, y habiéndose despojado de la capa que le cubria, mostró no ser ni con mucho tan entrado en años como antes aparentaba; armóse de toda su resolución, y cogiendo con ambas manos dos enormes puñales que llevaba á la cintura, empezó á descargar con la rapidez del rayo heridas mortales sobre todos los soldados. Los quejidos de los primeros moribundos despertaron á algunos de ellos, quienes, no vueltos aun enteramente de su profunda borrachera, apenas pudieron hacer uso de sus armas y ofrecieron una débil resistencia al impetuoso furor del mancebo. Luego que hubo dado muerte á todos los soldados, empezó con el Señor del castillo una furibunda pelea, en que despues de haberle herido repetidas veces, le arrojó al suelo ya desarmado y sin aliento: entonces cogió una gruesa correa que llevaba á la cintura con que le ató de pies y de manos, dejándole tan incapaz de defenderse como si estuviera ya en el seno de la muerte. Púsole entonces el jóven una rodilla en el pecho, y haciendo brillar sobre sus ojos un agudo puñal, le obligó á que le declarase el sitio en donde habia encerrado á su hermosa prisionera. Hízolo así el caballero; con lo cual Alfonso, cogiendo un hacha encendida, se dirigió al sitio indicado, donde halló en efecto á su querida Irene entregada á la mas profunda desesperacion, y á quien la llegada de su amante en aquel momento parecia, mas bien que una realidad, un incomprendible sueño de ventura. Sacó el jóven entre sus brazos á su amante hermosa y se dirigió al salon del festin, donde yacia aun por tierra el caballero arrastrándose por el suelo, y arrojando espuma por la boca con unos bramidos horribles como los de un toro aherrojado entre cadenas. Cogióle entre sus brazos el robusto mancebo, y arrojólo vivo por una de las ventanas del salon en el torrente que corría al pie del castillo, acrecentado con

las abundantes aguas de la lluvia. Todavía se enseña como un objeto de terror la ventana por donde fue arrojado aquel terrible caballero, cuyas rapiñas y asesinatos, referidos en una noche de invierno por una vieja decrépita á los jóvenes de aquella comarca agrupados alrededor de una hoguera medio apagada, habían mas de una vez quitado el sueño á muchas de las ardientes imaginaciones en que abunda la hermosa Andalucía.

El valeroso jóven, que á peligro de su vida había salvado con tan buena ventura el honor de su prometida esposa, salió con ella del castillo y dos dias despues celebró sus bodas, á que concurrieron todos los habitantes de tres leguas á la redonda, atraídos por la fama de aquel prodigioso suceso. Estaban los recién casados en el colmo de la alegría; pero cuán pronto debían sucederla las lágrimas y la muerte!!... A la caída de la tarde se reunió toda la juventud de ambos sexos en la orilla del torrente, teatro de la gloria del recién casado, para celebrar con bailes aquella boda; pero en medio de los cánticos de júbilo que por todas partes resonaban, se oye un grito terrible que sale del fondo del torrente y un brazo de inmensa longitud se levanta de en medio de las aguas, y con una mano cubierta de un guantelete de hierro precipita en las olas á la desdichada Irene..... su amante se arroja detras de ella..... la atrae á la orilla..... pero todos sus esfuerzos son inútiles..... una fuerza superior á la suya arrastra á su querida en sentido contrario, y despues de profundas agonías desaparecen entrambos en el seno de las aguas. De aquí venia la opinion general de que el alma de aquel caballero habitaba todavía las bóvedas del castillo y andaba errante por el fondo del torrente, lo que comprobaban las voces que suponían oír de cuando en cuando sonoras como un trueno en medio de las aguas, y una luz misteriosa que se veía correr á veces en la noche por dentro de las ventanas del edificio. Es probable que las tales voces no fuesen otra cosa mas que los bramidos del torrente al estrellarse en las peñas; y aquella luz misteriosa, la que en efecto emplearian para alumbrarse algunos viajeros aventureros, ó acaso, como es mas probable, alguna partida de ladrones que se aprovechaban de esta

tradicion para vivir allí al abrigo de las persecuciones de la justicia.

Otros decían que el alma que moraba en aquel castillo era la del Abad de unos monjes que se habían establecido en él mucho tiempo antes de la entrada de los moros en nuestra patria, y á quien estos habían inmolado á su furia cuando se apoderaron de todo el país; pero que Dios había querido para impedir que los musulmanes manchasen con su presencia aquel santo asilo, que el alma del Abad quedase allí para aterrorizarlos y probarles además con este milagro que aunque diesen muerte á los cristianos, nunca podrían extinguir en España la verdadera luz del cristianismo; pues las almas, que es donde este reside, quedarían en vida en los sitios que habían antes ocupado los cuerpos. Refieren además con tono lúgubre las viejas y los muchachos de toda aquella comarca á los curiosos viajeros, un sin fin de anécdotas y tradiciones antiquísimas, dirigidas todas á explicar el hecho sobrenatural de *la voz y la luz*, que será escusado enumerar, pues son tan verosímiles é ingeniosas como las dos que hemos citado, y que aun no ha muchos años hemos oído contar en una cabaña inmediata al misterioso castillo en que sucedieron. --- E. O.



POESIA.

QUEJA.

"Quereros fue desventura....."
Romancero General.

Quien tan candorosa os viera
Que en el amor sois constante
creyera,

Y que ese hermoso semblante

Jamás con desden mirara,

jurara.

Diganlo sí los mis ojos,

Las lágrimas de esos crueles

enjos,

Cuando siéndome tan cara,

Que eran vuestros ojos fieles

jurara.

Cada vez que atento os veo

Un ángel de amor os creo;

me engaño:

Mas tambien para mi daño,

Que en pagarme sois avara

jurara.

Mucho os amaba, Señora,

Demasiado lo supisteis

mal hora:

Mas cuando amor me fingisteis

Que la ficcion no acabara

jurara.

Ay! cuando viví engañado

Y de amor eterno, fé

juré,

Amé cual nunca he amado

Y nadie cual yo os amara

jurara:

Y aun que olvidar no lograra,

Bella, la vuestra falsía,

Que me engañais juraria,

Pues cuando os miro, jurara

Que quien tan cándida os viera

Que sois en amor constante

creyera,

Y que ese hermoso semblante

Jamás con desden mirara

jurara.

P. de M.



Recuerdos

DEL SITIO

*de la ciudadela de Amberes por los
franceses en 1832.*

FRAGMENTO II.

Un dia de Trinchera.

El tiempo continuaba hermoso: pero como en este mundo no hay cosa alguna libre de inconvenientes, si bien no incomodaba ya la escesiva humedad de los primeros dias, que hacia intransitables las trincheras, las noches, por el contrario, eran tan claras que ya no era posible ocultar al enemigo (1) los trabajos que se emprendian; su fuego era menos incierto, y por consiguiente se acrecentaban considerablemente las pérdidas. Además de esto, endurecida la tierra por las heladas costaba un trabajo ímprobo removerla; y finalmente, era de temer que se llegase á petrificar de tal modo que hiciese en extremo mortífera la explosion de las bombas y granadas que, hasta entonces, hundiéndose en el fango, habian causado pocos estragos. No obstante, creo que estos inconvenientes eran preferibles á la inundacion de las trincheras, que, entre otros males, podia dar á los soldados el gérmen de terribles enfermedades, que luego, con el cambio de vida, suelen desarrollarse.

El capitan de artillería Mr. Pérignon, encargado de llevar órdenes al gefe de una batería, me

(1) Es de observar que si alguna vez, hablando de los holandeses, digo *los enemigos*, no es porque en realidad debiese yo considerarlos como tales, pues mi patria permanecia neutral en aquella guerra; sino con el fin de evitar rodeos y repeticiones. Por otra parte, la circunstancia de hallarme con los sitiadores, sufriendo diariamente las agresiones y fuego de los holandeses, no podia menos de identificarme en cierto modo con los primeros.

acompaña en mi primera entrada en las trincheras. Por fin va á realizarse uno de mis deseos mas ardientes, voy á ver el fuego por la primera vez de mi vida, voy á recibir el bautismo de la sangre.

Ya empezamos á distinguir sobre el azul del cielo algunos globos de un vapor espeso y blanquecino que se disipa con dificultad: es el humo de las bombas que revientan en el aire.

A corta distancia de Berchem entramos en las trincheras, y pronto pasamos delante de la linda iglesia de San Lorenzo, nacida, al parecer como por casualidad, en medio de un monton de chozas medio arruinadas. En su blanca y graciosa fachada se ven bastantes agujeros en que han venido á sepultarse las balas de la ciudadela. Una bandera negra ondea sobre su campanario, como la triste pluma del casco de un guerrero enlutado por la muerte de su dama: esta pequeña iglesia sirve de hospital de sangre provisional. Mas lejos, todo lleva el sello de la destruccion: las casas están reducidas á montones de piedras calcinadas, los árboles tronchados, sus ramas desgajadas: ni un mueble se ve en estas habitaciones, antes tan cómodas y risueñas; ni un ser viviente las anima. Las bombas holandesas desterraron la vida y la alegría de estas moradas.

A medida que vamos adelantando se hace mas violento el estrépito: el suelo se ve salpicado de sangre: el zumbido de las balas de cañon conmueve el aire que respiramos. De repente torcemos á la izquierda y nos hallamos en la batería núm. 4.

¿Quién podria pintar la impresion que experimenta el que por la primera vez se ve rodeado de piezas de artillería de los mayores calibres, que vomitan sin cesar la muerte y la destruccion en las murallas enemigas?.... Al verse envuelto en una nube de humo salitroso que casi embriaga, atornado por continuas detonaciones; al contemplar la calma con que, en medio de las balas y la sangre, cargan y dirigen sus rayos los artilleros; al ver desmoronarse á lo lejos el parapeto enemigo y volar las piedras y los escombros, se cree uno transportado á un mundo nuevo desconocido. Al pronto es un estupor, un mareo que embota los sentidos, el cual desaparece luego con una especie de embriaguez, con el entusiasmo que hace hervir la

sangre como una fiebre, y que, en medio de la destruccion, aleja de uno toda idea de muerte. Entonces la mente acalorada divisa entre vapores, allá en el cielo, al ser cuya imágen conserva el corazon con rasgos de fuego.... ¡Dichoso mil veces aquel que sabe que una lágrima le acompañará á la eternidad, si se halla condenado á sucumbir en el campo de batalla!! -- El peligro engrandece al hombre: su alma se eleva; hasta las fuerzas físicas reciben nuevo vigor, y llega á creer por un momento, en medio de su delirio, que es algo mas que hombre. Mas; ¡ay! ¡cuán pronto se desvanece esta ilusion al ver brotar la sangre de los miembros quebrantados y saltar en hastillas los huesos que alcanza algun proyectil!!!

Hallabame en la batería núm. 2, cuando bastantes bombas, cayendo simultáneamente sobre el grande y hermoso cuartel de la ciudadela, lo incendiaron. Solo se divisa al pronto un poco de humo, mas denso á la verdad que el de la pólvora, pero cuya causa se ignora. Luego, se va dilatando por momentos, la llama atraviesa la techumbre, envuelve todo lo alto del edificio, y lanzándose por todas las ventanas se presenta á los franceses como un fuego de alegría, dulce presagio de la victoria. El comandante de artillería Mr. Gannal, en cuya compañía me hallo hace dos horas, manda á los morteros de Montebelo que redoblen el fuego sobre el cuartel, para impedir que los holandeses apaguen el incendio. Contempla sus progresos con un soberbio antejo inglés, y luego volviéndose á mí, "esto es hecho, me dice, vanos serán todos sus esfuerzos para contener las llamas. Este incidente es sin disputa uno de los mas interesantes del sitio, por el efecto moral que debe producir en los sitiados." Este bizarro oficial, pocos dias despues, ya no existia....

Un airecillo fresco irrita las llamas, que en poco tiempo devoran todo el maderámen del edificio. Un espeso torbellino de humo, con sus reflejos ensangrentados, rodea todos los objetos vecinos, como una gasa funeral, y oculta á nuestros ojos la colosal bandera holandesa, que ondea sobre la ciudadela. Vense enmedio de los pasados remolinos de humo algunas blancas y tímidas palomas, que, arrojadas de su nido por las llamas,

no pueden resolverse á abandonar para siempre el lugar que tanto tiempo las abrigó de la intemperie y que fue la cuna de sus amores.

Gracias, pues, á algunas cartas de recomendacion y á la escesiva bondad con que me recibieron algunos generales franceses, ya me era permitido seguir, estudiar en todos sus pormenores los trabajos del sitio; la entrada de la trinchera, prohibida á los extranjeros, me estaba franqueada.

¡Cuántas veces, en medio de un fuego asolador y no interrumpido, desplegado á mis ojos el cuadro de la guerra con toda su hermosura sublime, con todo su horror; cuantas veces, digo, ha palpitado mi corazon al pensar en mi patria! Robusto y lleno de porvenir se despertaba en mi mente el recuerdo de nuestra antigua gloria, de nuestro poder pasado. Estos campos, decia, han sido testigos de nuestras victorias: estas lagunas se enrojecieron mas de una vez con sangre de los españoles y de sus enemigos: aquí nuestros soldados hicieron europeo el nombre de los *tercios castellanos*, y llenaron algunas de las páginas mas brillantes de nuestra historia: en tiempos en que el caballero español era el tipo de la honradez, del valor y la galanteria; en tiempos en que la España enviaba á tierras remotas sus legiones, y desde un mundo dictaba leyes al otro... ¿Qué se hicieron aquellos vastos y numerosos reinos que solo componian provincias españolas? ¿Que fué de aquel imperio poderoso en el cual nunca se ponía el sol, y cuyo nombre solo, en tiempo de Carlos V y Felipe II, bastaba para inclinar la balanza europea y decidir de la suerte de los reyes?... Todo se desplomó al peso del tiempo y de la arbitrariedad: todo, escepto los monumentos históricos, testigos irrecusables de las proezas de nuestros antepasados. Marchitáronse nuestros laureles; el cetro universal, que ya casi tocábamos, resbaló de nuestras manos, quedando solo un fragmento del antiguo coloso, lleno de vida, es cierto, pero cuyas fuerzas solo podrán reanimar el tiempo y el imperio de buenas leyes. Porque la felicidad de un pueblo, cuando depende solo de causas fortuitas, cuando no tiene por base el fundamento indestructible de la justicia y de las buenas instituciones, no puede ser duradero: es co-

mo el sol de una mañana de marzo, que logra tal vez abrirse paso por entre las nubes, y brilla entonces con un esplendor sin igual, pero que tarda poco en verse empañado por denses y sombríos vapores. Ah! si el amor de la patria, ese fuego que engendra tantos prodigios, pudiese encenderse de nuevo en nuestras almas; si algunas gotas de aquella pura y antigua sangre circulase aun en nuestras venas, en poco tiempo podríamos ganar mucho terreno perdido, reparar infinitas faltas... Pero en fin, despues de una larga y penosa agonía empieza el cielo á sonreírnos. ¡Ojalá haya bastante patriotismo, bastantes virtudes para que las tempestades conjuradas ya no se vuelvan á agolpar sobre nuestras cabezas!

Séame perdonada esta digresion. La imagen de Farnesio y de sus héroes se aparecía con tanta robustez á mi imaginacion, al ver batidas por la artillería francesa unas murallas rendidas tantas veces á nuestras armas; al contemplar el inmenso raudal del Escalda que surcó en otros tiempos nuestra bandera, respetada en él como reina y señora, que me fuera difícil dejar de estampar recuerdos tan gloriosos para nosotros, tan gratos á nuestros corazones.



DON JUAN.

Decia en mi artículo anterior que el mal éxito que ha tenido D. Juan en Madrid no debe atribuirse precisamente á su mala ejecucion. Aun

cuando esta hubiese sido perfecta debe presumirse que el resultado habria sido muy semejante, porque la verdadera causa de la frialdad con que la obra ha sido recibida, es absolutamente independiente de la egecucion. Al esplicar esta causa creo deber decir primero que para hablar con acierto sobre música y bellas artes, en general, deben siempre considerarse las dos proposiciones siguientes:

1.^a *Para apreciar el mérito de una obra es indispensable tener conocimientos en el arte á que pertenece.*

2.^a *Cuanto mas sublime sea la obra tanto mayores deben ser los conocimientos necesarios para apreciarla.*

Una de las cosas que mas se oponen á que las bellas artes se cultiven entre nosotros con la afición y esmero que merecen, es el error tan general en que se está acerca de su verdadero objeto. Créese comunmente que este objeto se limita á *agradar al hombre*. Semejante definicion es inadmisibile, á menos que no se dé á la palabra *agradar* un sentido infinitamente mas lato que el que tiene en el diccionario y en la sociedad, y se concrete la significacion de la otra al *hombre que ha llegado ya á cierto grado de instruccion*. Porque, ¿quién entiendo por *agradar* hacer llorar, escitar una fiebre, inspirar hasta el olvido total de la existencia y cuanto le es anejo? Expresa esto la palabra *agradar*? Y si se reflexiona en la segunda palabra de la frase se hallará que por ella no es menos errónea, porque hombre dicho así en general, no indica solo el ser privilegiado, capaz de sentir los mágicos efectos de las bellas artes y comprender su objeto. Es preciso persuadirse de que para el hombre vulgar, para el que carece de cierto temple de alma y la instruccion necesaria, no existen encantos en la lira de Mozart, como no existen tampoco en el pincel de Rafael, ni en los metros de Homero. No: las bellas artes no son para todos, ni el verbo *agradar* expresa de ningún modo su grandioso objeto. Sería preciso sustituirle otro, si le hay, que signifique inspirar, elevar la imaginacion, dilatar el alma, en una palabra, cambiar la esencia del hombre convirtiendo uno de hueso y carne en otro de eter y fuego.

Es, pues, necesario saber para juzgar en bellas artes, y para saber es indispensable estudiar, y

estudiar verdaderamente; porque el artista no estudia aprendiendo de memoria un libro en latin. Su estudio consiste en observar, analizar, comparar y juzgar. Esto es lo que hace el pintor viendo, el poeta leyendo, el músico oyendo. No tienen otro modo de estudiar; y á medida que progresan en este estudio van perfeccionando su entendimiento hasta hallarse en el caso de sentir lo mas sublime del arte, estimar sus mayores bellezas, y tal vez producirlas.

Lo dicho, respecto al hombre en general, es tambien aplicable, hasta cierto punto al público; con la diferencia de que su gabinete de estudio es el teatro. En él se instruye, y en él se hace tanto mas delicado cuanto mayor grado de instruccion va adquiriendo: de aqui el calcular la civilizacion de un pais por el estado de su teatro. Examinemos ahora que instruccion ha podido adquirir en música el público madrileño. Es verdad que asiste, ya hace algunos años, á la ópera italiana, única que ha tenido; que se ha ido familiarizando con ella hasta llegar á juzgar bastante bien de su género, el mas claro, el mas fácil de comprender, pudiendo tambien haber contribuido al efecto la evidente analogía de las dos lenguas. Pero excluyendo el genero italiano, ¿á qué otro está acostumbrado? Del género aleman, por ejemplo, ¿qué puede entender? ¿Qué se le ha hecho oír en él? Absolutamente nada; y aunque los cantos del Don Juan no tengan el giro esencialmente aleman, es imposible comprender y estimar esta obra, sin tener el oído acostumbrado á la harmoniosa escuela alemana á que indudablemente pertenece. Yo creo por lo tanto que el público de Madrid no está todavía en estado de apreciar el mérito del D. Juan, y que por consiguiente en ningun caso lo hubieran aplaudido.

Esta es mi opinion, sujeta como la de cualquier otro á error, y ojalá no fuese exacta! Ojala que el público del pais á que me glorío pertenecer, estuviese en estado de apreciar las particiones de Beethoven, Mozart, Weber y Spohr! Entonces el arte predilecto mio, ese arte encantador á que debo los momentos mas dichosos de mi vida, el que en medio de mayores amarguras y contratiempos ha sido constantemente mi delicia y todo mi

consuelo, ese arte divino seria tan familiar en Madrid como en Viena. Verdadero idioma de ángeles llegaría á serlo de hombres: todos nos entenderíamos en él; y de esta comun inteligencia pocas almas alcanzarían mas ventura que la mia.

SANTIAGO DE MASARNAU.

REVISTA

Semanal.

Variedades.

Hemos tenido esta semana en el teatro del Príncipe dos piezas nuevas, una traducida (Las desdichas de un amante dichoso) y otra original, titulada *El hombre gordo*, capricho dramático de un ingenio de esta corte, tan conocido ya por sus ingeniosas producciones. En cuanto á la primera, cuyo autor es el célebre Scribe, á quien puede llamarse por desgracia el proveedor de nuestros teatros, solo diremos que el primer acto nos ha parecido mejor que el segundo, cuyo final es frio y ha disgustado al público. La trama se reduce á un jóven libertino que, engañador de varias mugeres, unas casadas y otras solteras, seduce por último á la hermana de un íntimo amigo suyo, abogado y amante de una condesa, que está para casarse con el libertino. El resultado es que el héroe se ve forzado á tomar por muger la hermana de su amigo y este logra ser marido de la condesa. Aquí paz y despues gloria. Pero siendo ésta la última vez que analicemos las piezas extranjeras, no podemos menos de decir que es de sentir la escasez que hay de comedias originales, puesto que se pasan meses enteros sin que en ambos teatros se representen mas que traducciones.

El hombre gordo carece de intriga. La intencion es únicamente ridiculizar á un hombre porque es gordo. Podemos asegurar que el autor ha logrado su intento, nos ha hecho reir y esto basta. Fabiani, ya por sí suficientemente robusto, ha engruesado de tal manera para representar el hombre gordo que no hay mas que pedir. El carácter del atento y cumplido esposo que, con su

cara y amable mitad, no deja descansar á nadie á puras atenciones, saludos y cortesías, es muy original y gracioso; y el diálogo es fácil, chistoso, y bien acomodado al carácter de cada cual.

--Por fin despues de muchos meses de angustias y de luto, con la guerra civil en las provincias del Norte y la peste en las principales ciudades del reino, tiempo es de que piensen las gentes en las diversiones del invierno, y en aprovechar los dos meses que nos separan aun de la triste y macilenta temporada de los ayunos y vigiliass. Las familias, hasta hace poco, retiradas y circunscriptas á un pequeño círculo en que apenas se hacia otra cosa que discurrir sobre males y aflicciones, empiezan ya á reunirse con frecuencia, y raro es el dia de la semana en que no puedan los aficionados al baile procurarse este inocente recreo en alguna brillante sociedad. En esta semana han empezado las de un embajador extranjero, cuyos elegantísimos salones serán dentro de poco, no lo dudamos, el centro de toda la alta sociedad, de todo lo mas escogido de esta capital.

--La estampa litografiada que damos en este número, ha sido ejecutada con el objeto de presentar á nuestros lectores una imitacion del *grabado en madera*, que han elevado á tan alta perfeccion los artistas ingleses y franceses.

ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

Pág.	Colum.	Lín.	Dice.	Léase.
3	1	17	estudiando	extendiendo.
4	2	7	Aucandi	Amandi.
id.	id.	16	Alonso XVII	Alonso VI.

Velazquez. El Castillo del Espectro. Queja. Recuerdos del sitio de la Ciudadela de Amberes. Un dia de trinchera. Don Juan. Variedades.

NOTA. Todas las cartas, reclamaciones y comunicados se dirigirán (francos de porte) á la Redaccion del *Artista*, calle del Príncipe, en el Despacho de Estampas del Real Establecimiento litográfico, al lado del Teatro.

Los Editores.

Eugenio Ochoa. = Federico Madrazo.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

El Artista.



Pl. Litog. de Madrid.

UN ROMÁNTICO.



EL ARTISTA.



JUAN DE HERRERA.

